

Seix Barral Biblioteca Breve



Miguel Gomes

Retrato de un caballero



Retrato de un caballero



Seix Barral Biblioteca Breve

Miguel Gomes
Retrato de un caballero

Retrato de un caballero

© Miguel Gomes, 2015

© Editorial Planeta Venezolana, 2015

Av. Libertador con calle Alameda

Torre Exa, piso 3, oficina 301

El Rosal - Caracas

ISBN: 978-980-271-540-4

Depósito legal: If5222015800879

Primera edición: octubre de 2015

Imagen de portada:

Intervención de *Portrait of a Young Man*

Pintura de 1530, de Bronzino (Agnolo di Cosimo di Mariano 1503-1572)

Dimensiones: 37 5/8 x 29 1/2 in. (95.6 x 74.9 cm), óleo sobre madera

H. O. Havemeyer Collection, Bequest of Mrs. H. O. Havemeyer, 1929

The Metropolitan Museum of Arte, Nueva York

Impreso por Editorial Arte, S.A.

Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela

Este libro no podrá ser reproducido, ni total
ni parcialmente, sin el permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

*But when I came to man's estate,
With hey, ho, the wind and the rain...*

Twelfth Night V, i

(Per a en Jordi, meu fill, que sabia riure)

PANEL IZQUIERDO

Lucio furioso

Lector pío, del cascarón recién salido: esta historia empieza después de los primeros años de mi relación con Ana Teresa y después de que esta cortase con el novio literato que tenía (aunque sigue sin divorciarse del marido, por lo que sé); no mucho después de que ella me hubiese instalado, y bien, en el apartamento de la Avenida Ámsterdam, a poca distancia de la Catedral del Divino San Juan. Empieza antes de Wendy, antes de la devoción que en su cama recuperé por Linda Blair; antes de Veronica y antes de Frieda (o Daisy, como prefiere que la llamen los íntimos). Esta historia, sin duda, comienza con la entrevista que me hizo Migdalia Marcano.

Mamma mia, pensé, qué nombre. Viniendo de Caracas, y al oírle el acento por teléfono, me temí que estuviera ligada al Gobierno: *Migdalia Marcano* sonaba a chavista desmelenada. ¿Qué hacía en Nueva York, cubil de Satán y de la horrenda sierpe capitalista obsesionada con someter a nuestra sufrida patria, sorberle golosamente los hidrocarburos, el acervo mineral? Quizá la Migdalia fuese una espía que tanteaba la situación de la intelectualidad opositora en el extranjero. Luego, con el correr de la conversación que tendríamos, supe que, no obstante los trabajos asociados al mundillo oficial, no militaba. Yo entendía que la gente tenía que sobrevivir, porque la cosa estaba dura en Venezuela, así que, hechas mis averiguaciones, y tras un vistazo en la Internet a dos o tres de sus publicaciones

(empedradas de anuncios como *Do you want it to grow?* o *Keep it up with Viagra*), le respondí por teléfono que sí me apuntaba a la entrevista. Hasta le di las gracias por el interés. Ella me ofreció explicaciones adicionales; había venido al norte para realizar una serie de diálogos con la *Venezuela flotante*, profesores universitarios (*académicos*, según ella), gente de letras y artistas que la crisis nacional había dispersado. Era la primera etapa del proyecto; la segunda consistía en una gira similar por Europa, donde teníamos muchos compatriotas. En fin, que nos citamos en el Guggenheim un miércoles.

Siempre he tenido una incómoda sensibilidad para los nombres; me hacen presentir y hasta adivinar cosas. No tenemos culpa del mal gusto o la sordera de nuestros padres, pero sí deberíamos ser lo suficientemente sensatos para rectificar las funestas combinaciones que a veces nos ponen. En caso de pereza, puede inventarse al menos un diminutivo. La coalición del *Migdalia* y el *Marcano* tenía resonancias de beso negro y yo no sabía si reírme o inquietarme. En alguno de sus articulitos de la Internet descubrí que su segundo nombre, Vestalia, y el apellido de la madre, Silva, no contribuían a su bienestar. A lo mejor era una persona valiente, que no enmendaría la partida de nacimiento.

Cuando me saludó y la vi, capté que era una compatriota risueña, de las que antes llamaban *chéveres* y supongo que ahora *light*. Buena gente, también. Aquí entre nos, no estaba mal: se le podía jugar un quinto de lotería y ella no parecía querer disimularlo con aquellos pantalones ajustados (cómo había conseguido ponérselos, eso era otro asunto). Al principio me desconcertó: se había descrito por teléfono *catira* y *altota*; yo me esperaba una rubia de un metro ochenta y resultó una morena teñida hasta la meninge que me llegaba por el pecho. Aunque su descripción hubiese sido inexacta, insisto en que tenía lo suyo; para ver si caía, desde el primer momento invertí en ella mis buenos modales, mi sonrisa *de campaña* (Ana Teresa

dixit). Además, los periodistas culturales son los regentes del Parnaso y esta iba a entrevistarme.

El plan era darnos una vuelta por el museo, ya que era la primera vez que Migdalia venía a Manhattan; luego, buscar algún sitio donde pudiéramos sentarnos a comer y a grabar. Por pura casualidad, había una gran exposición de pintura española y ella se puso *excitadísima* (quería decir *alegre* y barrunté que, desde mi ausencia, incluso con el chavismo, el inglés había seguido haciendo estragos en Venezuela). Andaba contenta porque equivalía a matar dos pájaros de un tiro: viaje a Nueva York y viaje a España. Todavía no sé si se dio cuenta de su suerte, porque aquella exposición, en efecto, ha sido de las mejores que he visto, a pesar del título: *From El Greco to Picasso: Time, Truth, and History*.

Decidimos no coger el ascensor, sino subir poco a poco aquel purgatorio invertido charlotteando mientras admirábamos cómo los comisarios habían contrastado cuadros clásicos y vanguardistas. Había bodegones, paisajes, damas, caballeros, escenas domésticas, desnudos, crucifixiones y, mi renglón favorito, monstruos.

José de Ribera estaba representado con su *Magdalena Ventura*, la dama barbuda que amamanta a su bebé mientras la acompaña el chupado vejete del marido (y los demás hombres, por un escalofriante segundo, nos metemos en el pellejo de este). Tenían también *La Nana* de Picasso, que me recordó a una compatriota poeta; dos homúnculos de Velázquez, *El niño de Vallecas* y *Don Sebastián de Morra*, más una criadilla de Sánchez Coello al servicio de la duquesa de Béjar (ni túberculo ni testículo: criadilla literal); los muy impresionantes y desolados retratos que hizo Carreño de Miranda de la niña Eugenia Martínez Vallejo (nada extraordinaria les habría parecido si hubiesen contado con hamburguesas y televisión); *last but not least*, un Picasso que no había conocido hasta ese día y hoy casi no logro dejar de ver constantemente, sobre todo cuando me siento a escribir y voy por el segundo cigarrillo sin demasiada fortuna: pienso en *El bobo* y me suelto

a contar mis cosas. Es el retrato de un pillín a lo Murillo o Velázquez que fríe huevos sentado, sin pantalones y con las piernas abiertas. Te imaginarás, lector, las cosas que llegan a juntarse cuando uno mira.

Las reacciones de Migdalia fueron de inventario. Comenzó con *uy, qué feo... qué ¿fea?*; enseguida, *ja, ja, ja, qué horroroso*; y, finalmente, *qué ordinarietàz*. Trataba de hacerse la refinada conmigo; no le dije que no le iba a ser posible llamándose *Migdalia Vestalia Marcano Silva* o, incluso, si lo abreviara. Como sea, yo seguía echándoles vistazos furtivos a los pantalones que se le adherían. Usualmente la pintura estimula a las chicas culturosas como yo había creído que era Migdalia; tanta obra maestra parecía ni rozarla. Pensé modificar la estrategia. Para guisar el nuevo plan necesitaba más tiempo. Se me ocurrió que durante la cena podía hacerlo. Sin importar que fuese temprano, le propuse irnos a algún restaurante: nos daría ocasión para entrevistarme, conocernos mejor y...

En la Madison, entre la calle 54 y la 55, había un ruso en el que había estado con Ana Teresa y tanto a ella como a mí nos gustaba; tranquilo, como para emprender una conversación sin interrupciones. Allí vi cómo la Marcano se zampaba unos *blinis* de caviar y salmón. Masticaba con la boca abierta, enseñando hasta las amígdalias; pero sus modales no le interesaban al máximo de mis pecados.

Con el café comenzó la entrevista. Encendió la grabadora antes de lanzarme preguntas con una respetuosa tercera persona que engañaría a los lectores y encubriría la confianza que en la vida real nos teníamos:

—¿Qué significa para Lucio Cavaliero ser exiliado?
¿El destierro altera de alguna manera su obra?

Le corregí lo más amablemente que pude el vocabulario, hablándole también en tercera persona: *el tal Lucio Cavaliero* no era ni exiliado ni desterrado en el sentido estricto de esas palabras, aunque a veces la deriva de Venezuela lo hiciera sentirse así. *Emigrado quizá fuese más cierto; o expa-*

triado, sin el matiz de 'expulsión'. No iba a ponerme a ensalzar las virtudes creadoras de la distancia o la pérdida del origen, pese al caché romántico que me darían. En días de poca paciencia, Cavaliero se acogía a las opiniones de Cioran: yerra quien se figura al que partió como alguien que abdica, se retira y se esconde, resignado a sus miserias y a sentirse desechado; al observarlo, en él se descubre, por el contrario, a un ambicioso, un decepcionado iracundo, un frustrado que, para colmo, es un conquistador. Hoy no escribo, sin embargo, desde las rocallas de mi mal humor, le advertí. Para retocar y apropiarme del sombrío autorretrato de un escritor francés que fue rumano y de ninguna de las dos cosas estuvo convencido, agregué que estar lejos de lugares o personas, lenguas, hábitos y circunstancias, permitía ventajas, trampas benévolas de la nostalgia o la imaginación. Esa pobreza bastaba.

Siguieron otras preguntas rutinarias: *cuáles son las lecturas que han inspirado a Lucio Cavaliero; qué influencia había tenido en su formación los años en Italia, España, Estados Unidos; cómo lo afectaba tener un padre diplomático, una madre como Isabella Arciere, con una carrera en los predios de la lírica y el bel canto (sic; juro que no me atrevo a decir cosas como esas); qué opina Lucio Cavaliero de los novísimos; por qué la literatura venezolana no se conoce en el exterior.* Cuando la Marcano mencionó a mis padres, sentí un amago de acidez: me imaginé que traería a colación el *escándalo Cavaliero*. Para mi alivio, se abstuvo de hacerlo; la acidez pronto se disolvió, respiré hondo y seguí en la faena. No era la primera entrevista que me hacían. Sobre mis experiencias en diversos países le dije lo que creía, que mis tres nacionalidades de ese entonces no se excluían entre sí: era venezolano, italiano y extranjero. Eso le cerraba la oportunidad de hacerme preguntas sobre el *escándalo*. Estaba más o menos entrenado para no meter la pata disertando acerca de compatriotas y comparándolos; el estado de la literatura nacional era *de gran complejidad*, inquietudes sociales y estéticas *se entreveraban como en pocas otras partes, dadas las condiciones del país*; en

cuanto a los dichosos *novísimos*, juzgaba que era algo que se les acabaría *rapidísimo*, aunque dije que mostraban promesa y talento; sobre la literatura venezolana en el exterior... allí me solté un poco: antes no nos conocían porque no exportábamos intelectuales, hoy, con *el desastre en que andábamos*, había habido una *fuga de cerebros* (el mío incluido) que iba colocándonos en el mapa... editores europeos, profesores de los Estados Unidos, otros lectores latinoamericanos miraban a Venezuela con curiosidad: era el momento de darnos a conocer. El mejor arte que podíamos ofrecer era el que expresase la tremenda ambigüedad de nuestro (mal) tiempo: después de todo, el país había entrado en una nebulosa donde la supuesta derecha acogía demasiados socialistas, y hasta comunistas, y la supuesta izquierda se las había arreglado para inventar una derecha.

Me aseguré de que Migdalia no estuviese con el Gobierno: ni siquiera se inmutó cuando le describí el país como *eriazó mental, moral y económico sobre las ruinas de una democracia*.

—¿Cómo ve usted la relación entre política y literatura?

—Amarga. La mala literatura, eso sí, se toma la amargura demasiado en serio.

La entrevista había transcurrido normalmente; si hubiese concluido allí, me habría sentido victorioso. Una pregunta, no obstante, me descolocó. Durante varios días la recordé como un golpe bajo:

—Lucio, usted es narrador premiado, con media docena de libros de cuentos cortos...

Pasmado, no supe cómo corregirle el espanglish. ¿Cree-ría que mis cuentos eran de una línea?... Estuve a punto de explicarle que mi género preferido era la *nouvelle* tal como la definía Henry James, *beautiful and blest*, ni tan comprimida como un cuento ni tan extensa como una novela... lo que siguió de un brochazo borró mis intenciones pedagógicas.

—...autor únicamente de cuentos cortos... y muchos lectores se preguntan: ¿cuándo se atreverá Lucio Cavalie-

ro con un formato de más aliento? ¿No ha acumulado suficiente experiencia? ¿Cuándo se deja de tejer escarpines para darnos la verdadera colcha? ¿Cuándo escribe la novela de envergadura que esperan sus lectores?

La Marcano agregó algo sobre Cervantes y el *género mayor*.

No era la primera vez que oía salvajadas así (¿de dónde salía lo de ponerme a hacer croché?); ese día, quién sabe por qué, me consternaron. Tartamudeé. La entrevista, *noblesse oblige*, tenía que continuar:

—No sufro de novelitis. Qué obsesión con el tamaño, por Dios. Para mí, Poe, Maupassant, Chéjov o Munro, sobre todo o exclusivamente cuentistas, no son narradores *menores*. Si nos quedamos en la lengua española, de 1900 acá no conozco dos más influyentes que Quiroga y Borges, y sabemos lo que pensaban de la novela... En lo que atañe a Cervantes, se convirtió en lo que consideramos que es solamente en el siglo XVIII, cuando los ingleses inventaron la novela moderna. Antes no había lugar en los altares para obras como el *Quijote*. Hasta los mil ochocientos el sitio donde actualmente se pone a la novela lo ocupaba la epopeya —le aclaré a Migdalia lo que significaba la palabra— y es obvio que en los tiempos que corren nadie que no sea profesor universitario o aspirante a serlo, crítico asalariado y con vicios arqueológicos, se lee una epopeya completa. Así como un género se hace mayor, así como lo inflan, puede caer en el olvido. Pincharse.

Poco me faltaba para implicarme en un caso de violencia de género: no sería el primer cuentista indignado que le daba una zurra macho a la novela. Comprendí que sonaría borgiano o patético y Migdalia, igual, no se enteraría. La molestia o el miedo me empujaron a sumar clichés. Desde ese día estoy convencido de que a los periodistas culturales los entrenan para que los escritores no logren decir nada original¹:

1 Excluyo de la regla a los buenos, menos de cinco y todos amigos míos.

—...una buena novela puede estar llena de tejido adiposo; no un buen cuento. Hay excepciones, claro, novelas hechas de pura musculatura: *Herzog*, *Cat's Eye*, *Oh What a Paradise It Seems*. —Le escribí en una servilleta los títulos.

—Y ¿latinoamericanas?

—*Pedro Páramo* es la mejor escrita en español desde hace siglos y ya ves todo lo que se calla... En fin, prefiero no emprender aquí una quema de libros, que es mal hábito de novelistas.

Migdalia no sabía reír; se lo atribuí a la estrechez de los pantalones.

—O sea que usted no va escribir una novela jamás.

—No diría *jamás*. Parece dictamen del Boom. Digamos que hasta hoy no he sentido que sea necesario; el día en que lo sienta, me pongo a escribir una. Aunque preferiría que mis lectores recibieran las que me abstuve de escribir.

En cuanto di señal de prender un cigarrillo, el eslavo malhumorado que atendía las mesas me recordó que era un *smoke frrrree rrrrestaurant*. Pedí disculpas, serenándome: el bochorno podía achacárselo a ese incidente y no a mis metidas de pata en la entrevista.

Nos tomamos dos o tres cafés (pésimos). A cierta altura, le sugerí a Migdalia que no grabara más: ¿dos horas tendría ya? De paso, me aclaró que podía sacar tres páginas, lo que me redondeó el argumento. Acabada la tarea, mi compatriota se puso locuaz. La revista, que estaba en proceso de lanzamiento, se llamaría *La Hora del Lector* y tenía un equipo joven, *lleno de ideas*, dispuesto a competir con *Vuelta* o *Quimera*. Se trataba de ingenuidad: no le hice ver que para competir con *Vuelta* deberían, primero, resucitarla, porque hacía mucho que había fenecido, y, segundo, contar con alguien de la reputación de Octavio Paz. También con *Quimera* el asunto era complicado: se necesitaba dinerillo.

Lo que recuerdo del resto de la conversación, tanto en el restaurante como bajando por la Madison, fue turbador. Migdalia no se había graduado todavía de periodista, le faltaba un año; la literatura era su *hobby*; aseveraba que leía mucho (mis libros solamente los había hojeado: los títulos se le revolvían). Lo que no sabía de narrativa o poesía lo compensaba con referencias a las Tres Potencias, en particular a María Lionza, cuyo culto había estado investigando para un trabajo final de la carrera que no llamaba *tesis* ni *tesina*, sino *asignación titular*.

Nada raro tenía que una estudiante venezolana investigase las creencias populares; en los pocos minutos que dedicamos al tema, con todo, Migdalia invirtió mucha pasión en él. Cuando empleé la palabra *culto* me corrigió: *es una religión*. Cuando se me salió el adjetivo *sincrética*, ella puso reparos de inmediato: *si esta religión es sincrética, lo es como cualquiera*. Cuando intenté bromear sobre el bati-burrillo de espiritismo, santería y catolicismo trasnochado del panteón agrícola, ella se detuvo, grave, y me escrutó a la espera de una disculpa. Ahí me incomodé. Al ver que yo vacilaba, volvió a sonreír:

—Mejor les muestras más respeto a los Santos y las Potencias; María Lionza, el Cacique Guaicaipuro y el Negro Felipe al menos son nuestros compatriotas y no han sido impuestos por el imperialismo.

Me alegró darme cuenta de que Migdalia tenía humor. Porque una cosa así, obviamente, no podía haberse dicho en serio... o ¿sí? Como me quedó la duda, me animé a dar el siguiente paso:

—Tienes razón. Me disculpo con ellos. —No recuerdo ahora si me persigné o junte las manos elevando una mirada reverente—. ¿Qué te parece si me disculpo también contigo invitándote al Lincoln Center esta noche?

Le expliqué lo que era el Lincoln Center, que ella confundía con el Madison Square Garden. Le recomendé no irse de Nueva York sin un poco de música. El Kronos

Quartet daría su último concierto antes de una gira por Europa; no podía perderselo. Aceptó, *okey, qué chévere*, y quedé en buscarla a eso de las ocho. Ponía en práctica, por enésima vez, una estrategia que nunca me había fallado: hay cierto tipo de mujer que se pone *in the mood* con la buena música. Lo he notado con las universitarias. Seguramente la Marcano reaccionaría como las amigas a las que había llevado a conciertos de la Juilliard o la Mannes.

Me equivoqué de pe a pa. No me había fijado bien en el programa del Kronos y ese día montaron algo que, aunque me fascinó, supe que no produciría el efecto deseado. Más que experimental, el concierto fue, ¿cómo describirlo?, excéntrico... *freakish* (la visita de aquella mañana al Guggenheim me brinda el vocabulario). Muchas piezas ya las habían interpretado, pero pusieron juntas las más extrañas de las que eran capaces. Por ejemplo: invitaron a un trío de mongoles para que entonaran cantos difónicos mientras las cuerdas se limitaban a crear un tímido acompañamiento. Una grabación con ruido de viento, un locutor que decía *la puerta está entreabierta*, y ¡pum!, un portazo, a lo que agregaba el locutor: ¡*gracias!* (esos dos minutos de espectáculo, sin participación del cuarteto, se titulaban, por supuesto, *La puerta está entreabierta*). Luego, una pieza de Eliot Sharp, *Digital*, en la que el cuarteto emprendía un batuque entre zulú y mandinga usando sus violines, viola y violonchelo como instrumentos de percusión. Por si no faltaran rarezas, un invitado especial: Martyn Jones, baterista de los Mermen, con quien el Kronos se puso a tocar el *Misirlou Twist*, con arreglo de Osvaldo Golijov. Dos miembros de la audiencia, sin rastro de vergüenza, se pusieron a bailar en uno de los corredores, como Travolta y Thurman. No los culpo. Si hubiese estado viva, el Kronos le habría extendido una invitación a Cathy Berberian.

¿Cómo se lo tomó Migdalia?:

—Usted me había dicho que era música clásica... esa gente lo que está es loca.

Su cara delataba desconfianza. Si eran tales mis gustos, algo no debía de funcionar bien. Lo cierto es que, pese a mis cortesías y a que, acabado el concierto, la acompañé al hotel, no me invitó a subir a la habitación. Incluso más sospechoso, se despidió dándome un frío apretón de manos.

En el pecho, la U escarlata del *usted* recuperado me quemaba.

Volví a verla al día siguiente. Me contactó por Skype a las ocho de la mañana para explicar que necesitaba sacarme unas fotos, porque la revista incluiría material gráfico. No faltaba más, le dije; que dónde quería que lo hiciéramos, *¿en mi estudio, para tener libros?* (no abandonaba las esperanzas y exhibía mi sonrisa *de campaña*). Ella respondió que no tenía casi tiempo; debía hacer las maletas y se iría a Washington esa misma tarde. Pensé: bueno, será la próxima, cuando vuelva de paseo. Mi coqueteo constituía una inversión.

Todo fue precipitado: no subió a mi estudio. En la calle, empezó a apuntarme con una cámara (profesional, supuse que era) que al principio me amedrentó y después casi me daban ganas de reír: Migdalia le cambiaba el objetivo constantemente; a uno lo llamaba *ojo de pez* o *de pescado*; otro se encogía y alargaba con un temperamento fálico. Era una Canon; mientras me quedaba quieto para que las imágenes no salieran movidas lo único en lo que acertaba a posar la vista eran los erectos rascacielos de la ciudad. La última foto tenía como fondo la Catedral del Divino San Juan.

La Marcano volvió a despedirse como la noche anterior: dándome la mano. Fue más energética, como si lo nuestro hubiese sido reunión de ejecutivos.

Con el correr de los días el desconcierto se disipó. No supe más de ella y me dediqué a mi rutina: corregir relatos para una colección y conversar con Ana Teresa por teléfono, mientras esperaba su visita. Los negocios la retenían; antes de venir a Nueva York, tendría que ir a Europa:

el marido le había pedido que lo acompañara en esa gira y a ella le pareció razonable. La escuché impasible, pero casi se me salió un suspiro cuando le dije que me hacía falta. En ocasiones había fingido esas cosas, porque me parecía que le gustaban; esa vez tengo la impresión de que fui sincero.

Un día, al cabo de mes y medio de mi encuentro con Migdalia, el portero (un dominicano simpaticón, de nombre circunspecto: Cayo Petronio Meléndez) me llama para avisarme de la llegada de un paquete por correo especial. Voy a la recepción del edificio y encuentro un sobre de IPOSTEL². Lo abro. En lugar de remitente encuentro un sello que me deja perplejo: *Ministerio del Poder Popular para la Cultura*. Con cuidado, extraigo un revistón que, abierto por el medio, me serviría de tienda. El amontonamiento de colores daña la vista; todo muy amazónico: banderitas, estrellitas, tucanes, papagayos indiscretos.

Leo el título:



Aunque lo de *cultura* me hizo temer alguna publicación de antropología a la que me habrían suscrito por error, lo de *letras* me confundió, porque me parece que el cacique Tamanaco mucho había luchado contra los conquistadores y sacerdotes que las traían. Luego vi que una

2 Instituto Postal Telegráfico de Venezuela, alias IMPOSTEL, solo superado por el mexicano en cuestión de perder cartas y traer malas noticias.

fotografía de Hugo Chávez se desbordaba en la primera página (en segundo plano, el retrato de Simón Bolívar) y encontré un dossier firmado por Migdalia Vestalia Marcano Silva con el ominoso título de *Los que se fueron*.

¿Cómo describir lo que leí a continuación; lo que leería durante días en los que me derrumbé, me indigné, volví a derrumbarme, monté en cólera?

Me tocaba el tercer *diálogo*. En los dos anteriores Migdalia dejaba por el suelo a gente de mi estima, sería. Llegado mi turno, los palos de piñata me mantuvieron en el aire; se ensañaban conmigo. La foto delataba el contenido: la lente deformante me estiraba la nariz y las orejas, me convertía en una gárgola (o Quasimodo italo Caribeño) del Divino San Juan. Referir el resto me da náusea. Entre mis defectos reconocidos está el esnobismo, que trato humanamente de moderar; comparado con lo que la Marcano segregaba sobre mi imagen, parecía mi única virtud.

No me detendré en el español infame que me puso a hablar, confundiendo preposiciones o fagocitándomelas cuando eran necesarias. Según ella, Lucio Cavaliero decía *rol* en vez de *papel*; *jugar un rol* en vez de *desempeñar un papel* (no me importa que el populismo de las academias legitime los disparates); no distinguía entre *oír* y *escuchar*, *deber* y *deber de*, *echar mano a* y *echar mano de*. La energúmena me ponía a usar *empero* y *otrora* (equivalentes léxicos de una gorguera) e, incluso, *lethale peccatum*, el verbo *lucir* como si significara *parecer*³. Repito: no me detendré en mis neuras profesionales. Eso sí, terribles eran los inventos (¿qué se hizo de *La Hora del Lector*?); las calumnias. Yo no había dicho que en Venezuela no podía hacerse literatura; sencillamente había sugerido que, dadas las condiciones, lo único que se valoraba eran los proyectos de epopeya, imitaciones no advertidas de los discursos del Gobierno.

3 Algunos lectores inteligentes se habrán percatado de que Migdalia, por haberme atribuido citas de un fulano *Chorán*, era la responsable de los disparates. Pero es un consuelo remoto.

Yo no había dicho que mis compatriotas no supiesen escribir y no tuviesen nociones de corrección gramatical; había comentado que la corrección y la exigencia estilística, lamentablemente, no eran comunes: comas asmáticas; oraciones cortísimas propias del periodismo anglicado; por la hegemonía invisible del inglés se explicaba que el punto y coma estuviese en peligro de extinción, signo más escaso que el vuelo del avestruz (para articular ideas primero hay que tenerlas). No sostuve que fuese acto de imbecilidad escribir novelas en el siglo XXI... lo que había dicho ya lo sabes, lector. Para broche, la oración *jamás me rebajaré a la vulgaridad de escribir una novela*, que la entrevistadora me imputaba, me engrullaría con los novelistas. Sería la estrategia solapada de la junta de redacción de *Tamanaco*: crear enemistades *en las filas de la oposición*.

No copio en este párrafo lo que a gritos descargué sobre la Gran Manzana desde la ventana de mi estudio. Necesitaba liberarlo.

—*Lucio, you're such a prick!*

En venezolano: *eres un grandísimo carajo*. Eso sentenció Gwen, una de mis amigas de la Mannes, a quien había conocido al coincidir en varios conciertos y de quien Ana Teresa, por supuesto, no tenía celos: *tronco de lesbiana... ¿de dónde la sacaste?* fue el único comentario que le había merecido cuando se la presenté. Gwen, entre tragos, me escuchó la historia, leyó en su más o menos decente español la entrevista y soltó una serie de carcajadas (a su manera, trataba de animarme; era una amiga abnegada):

—Primero, con los pantaloncitos y la atención, te cogió por la pinga (*dick*), que es la funda de tu Ego; luego te la cortó y se la puso en el bolsillo; cuando llegó a Caracas, la tiró en un cubo de basura del aeropuerto.

No creo que nadie logre hacer una traducción más fiel de lo que me dijo en el *Brooklynese* del que se sentía orgullosa. Algunos segundos después completó el informe forense; a pesar de lo crudo, presenté vestigios de instinto maternal.